

# Mucho que aprender

Bruno Ferrero

Jesús llamó a un niño, lo puso en medio de ellos y les dijo: “Les aseguro que si no cambian, haciéndose como niños, no entrarán en el Reino de Dios”. Frase difícil de tomar literalmente, sobre todo para ustedes, papás y mamás, sorprendidos continuamente por esos pequeños tiranos.

Por eso, vale la pena preguntarse: ¿Qué pueden enseñarnos ellos, tan chiquitos?

La tarea de padres y madres puede ser la condena a un viaje a la esclavitud y la neurosis, o una experiencia entusiasmante.

Habitualmente ustedes están preocupados en qué pueden enseñarles, sin preguntarse qué pueden aprender de ellos.

Si quieren pasar de la esclavitud a la libertad dichosa de ser padres y madres, tienen que disponerse a aprender de ellos. Así dejarán ese chaparrón de intervenciones y actividades que los ahoga, para entrar en un nuevo camino espiritual que les develará, poco a poco, el sentido profundo de la vida y de las personas. Aunque hacer ese recorrido exija dejarse conducir por sus manitas sucias, acepten esas “manchas”: Es la única forma de llegar a la fuente de la vida. Ser padre y madre es una escuela para aprender más que enseñar. La condición es querer hacerlo. Es mucho más fácil aprender observando a nuestros hijos que mirando televisión.



La atención. “¡Mírame, papá, mamá!”. Los niños desean la presencia de sus padres. No un simple “estar allí”, sino una atención total, indivisa, sin juicios. Una presencia que anima, que los hace sentir importantes. Una presencia que significa que estás disponible: estoy aquí para ti. Una atención pura, que no invade y que no dirige, pero que está intensamente presente, y basta. Con dolor y vergüenza, debemos reconocer que no estamos atentos a nadie; ni siquiera a los que amamos.

La transparente inocencia. Cuando eras niño, como todos, también eras inocente. Después, como todos, perdiste la inocencia, y entraste al mundo “humano” de los compromisos y de los estereotipos. Todo lo que miras tiene colores grises. Una mamá reconoce: “cuando estoy con mis hijos, me siento admitida, por un

instante, en una habitación llena de verdaderos tesoros, donde puedo asombrarme nuevamente; en un tiempo sin prisas; en una experiencia sin culpas ni vergüenzas; donde todo es nuevo y deslumbrante”.

Nuestro mundo de adultos es un mundo de ficción, conveniencias sociales, y compromisos. Los niños y las niñas ven las cosas como son. Anderssen, el cuentista, lo señala en una fábula: un niño grita “El Rey está desnudo”. Nadie había querido reconocerlo. Y, de la misma manera que sus ojos están limpios, también sus labios.

En crecimiento permanente. Los niños tienen un extraordinario talento para desbaratar nuestras “fachadas” y dejarnos en carne viva. Puedes mentirle a tu esposa, o a tu esposo, con alguna esperanza de éxito; pero engañar a tus hijos es imposible porque ellos aprenden

por ósmosis y sus comportamientos reflejan los tuyos. Por eso, “fotocopian” tantas actitudes de ustedes, y se hace tan difícil corregirlos. ¡Qué vas a decirle “no hagas eso”, si es algo que adquirió mirándote desde el día que nació!

Su confianza en su mamá y su papá es total, provocándoles un sentimiento de culpable responsabilidad y exigiéndoles mayor control. Cada día pasado con los hijos, los deja, a ustedes, frente a elecciones, a desafíos, a problemas y a dificultades. A cada instante, están obligados a ampliar el espíritu, a desarrollar la inventiva, a crecer en inteligencia del corazón.

El respeto y la paciencia. Los hijos reales no son como fueron soñados. Se rebelan a las expectativas que les impiden crecer se-

gún sus leyes internas de crecimiento. Tienen un ritmo, un proyecto interior, sus inclinaciones originales. En nuestro mundo de adultos, les quieres decir cómo deben ser, imponerles lo que tienen que hacer, elaborar sus programas, dictarles tus condiciones, aprobarlos o condenarlos. Esa tendencia a manipularlos puede transformar la vida familiar en una especie de obsesión. Todos conocemos niños y niñas para quienes tocar el violín es una tortura, jugar al fútbol una desgracia, aprender inglés una condena a trabajos forzados. Con admirable obstinación reclaman nuestro respeto, exigen su espacio, solicitan el reconocimiento que le debemos a cualquier persona.

El amor. Los pequeños son grandes provocadores de amor: poseen todos sus componentes base (disponibilidad, confianza, aceptación, aprecio, gratitud, capacidad de

desdramatizar), y dominan la amplia gama de manifestaciones externas (sonreír, tocarse, abrazarse, hacerse mimos). Incluso influyen en las relaciones de tu pareja, porque quieren que sus padres se amen. Sienten, con todo su ser, cómo ustedes, sus padres, viven la relación de pareja. Si está envenenada, esos venenos circulan por su organismo llenándolo de angustias e incertidumbres.

La felicidad y la gratitud por la vida. Los hijos son la inversión más importante en el campo de tu realización y felicidad personal. Son una tarea, quizás muy ardua, pero también una bendición. La vida con los hijos puede ser fatigosa, pero, ¡qué profunda felicidad genera su manita pequeña que se pone, con toda la confianza del mundo, en la mano suave de mamá, o en la mano grandota de papá! 

